

DOMINGO V DE PASCUA (CICLO A)

No es fácil sintetizar la liturgia de la Palabra de estos domingos de Pascua, pues cada lectura es independiente y muy rica de contenido. Creo que lo más conveniente es exponer toda la riqueza de las tres lecturas, incluido el salmo responsorial.

Es útil recordar que las perícopas de los Hechos de los Apóstoles, elegidas para el ciclo A forman, en conjunto, una descripción fundamental de la comunidad primitiva.

Vamos a analizar la Primera Lectura: Hechos 6, 1-7. Es un texto conocido por todos, por lo tanto no es necesaria una explicación ni larga ni profunda, sino tomar conciencia de algunos detalles.

La síntesis es la siguiente: 1. Exposición y descripción de la situación anómala que se ha presentado en la comunidad; 2-4: asamblea comunitaria y propuesta de “los doce” para subsanar la anomalía; vv. 5-6: puesta en práctica de la propuesta; 7: observación conclusiva.

Si intentamos reconstruir el fondo histórico del acontecimiento, con ayuda de los datos que nos ofrece el mismo libro de los Hch, nos daremos cuenta enseguida de que Lucas ha trazado una imagen demasiado simplificada y cuyo desarrollo no responde a la finalidad propuesta: Los Siete diáconos principalmente se dedican a la Predicación de la Palabra, no al “servicio de las mesas”, fin para el cual fueron designados

Este pasaje no trata únicamente de la instauración de un nuevo servicio comunitario que venga en ayuda de los apóstoles en el ámbito de la atención caritativa. En la Iglesia está surgiendo un problema, que hay que darle una solución. Los cristianos, que proceden del judaísmo, forman dos grupos: el grupo de los helenistas, que han vivido y viven en la diáspora, y el grupo de los “hebraístas”, que viven en Palestina y no han tenido necesidad de inmigrar fuera. El convivir y el aceptar el mensaje de Jesucristo supondrá a veces una ruptura, un no entendimiento.

En el círculo de los “helenistas” crece la insatisfacción con respecto a los “hebreos”, pues éstos no se dan cuenta de la problemática de los primeros.

Muchos judíos de la diáspora, profundamente religiosos, iban a Jerusalén a pasar los últimos años de su vida, porque deseaban ser enterrados allí. Sus viudas no tenían ningún pariente en la ciudad que pudiera echarles una mano; tampoco reciben de la comunidad lo necesario, quizá no por no querer, sino por no llegar a todo. Es fácil atender las necesidades de las comunidades pequeñas, no lo es tanto, cuando éstas se hacen grandes.

Los Doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron: «No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas.

En una breve declaración los “Doce” presentan a la asamblea su idea para resolver la situación conflictiva. La asistencia a los pobres tiene que ser encomendada, de ahora en adelante, a un misterio especial. El “servicio de la palabra” no se puede abandonar; tampoco el “servicio de la mesa”

Los criterios para la elección son: *buena fama, habilidad, y posesión del Espíritu.*

En el versículo 4 otra vez declaran los apóstoles su intención de dedicarse plenamente a su tarea propia. *Junto al “servicio de la palabra” se menciona aquí la “oración”*

La lista de los Siete comienza por Esteban, indicando así la función directiva que este personaje desempeña en la comunidad helenista. Lucas añade dos calificativos: “dotado *de fe y Espíritu Santo*”

6 los presentaron a los apóstoles y, habiendo hecho oración, les impusieron las manos.

No se dice nada del modo de elección; los apóstoles proceden a la verdadera institución del servicio, mediante la oración y la imposición de manos. Se trata de una costumbre judía, cuyo prototipo es la constitución de Josué como sucesor de Moisés: “Respondió Yahveh a Moisés: «Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en quien está el espíritu, imponle tu mano” (Nm 27, 18). Por medio de la imposición de las manos se confiere el encargo que capacita para el cumplimiento del ministerio y, al mismo tiempo, el don de sabiduría necesario para ponerlo en práctica.

La Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe.

Para subrayar que este episodio no fue más que un incidente que no llegó a alterar la armonía y el crecimiento de la comunidad, Lucas pone fin al relato con una observación de carácter general. La “palabra de Dios” se contempla aquí directamente, personificándola en sus efectos visibles.

La observación de que un gran número de sacerdotes se adhirieron a la comunidad, quiere poner de relieve el hecho de que en ella están representados todos los diversos grupos del pueblo. Según los datos históricos, la casta sacerdotal, que en tiempos de Jesús comprendía unas 8000 personas, constituía un alto porcentaje de la población de Jerusalén y alrededores.

El estribillo del salmo: “*Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti*” (Salmo 32)

El Salmo responsorial no hace relación, como casi siempre, a la primera lectura, sino que es como un deseo, una confesión, una proclamación, un grito, cuyo eco abarque el mundo entero y nunca se extinga.

Segunda Lectura: 1 Ped. 2, 4-9

1Pe emplea aquí figuras consagradas del discurso teológico, pero las interpreta libremente a favor de su propio contexto.

Cuando leemos estos textos, debemos preguntarnos qué quieren decir, cómo lo dijeron. ¿Podemos decir lo mismo con las mismas palabras hoy? No. Las circunstancias son diversas. Primeramente hoy gozamos del mensaje de la Resurrección, también poseemos la aportación de la Teología, que nos ayuda a leer un texto determinado en el contexto de todo el Nuevo Testamento y también a la luz de la Teología.

Podemos caer en el desaliento al pensar que esta forma de exponer las cosas, como la hacen los textos, que proclamamos, es obsoleta, por tanto es inútil intentar ahondar en la recta exposición.

Un amor grande a la Palabra de Dios nos fortalece y nos anima en esta labor.

Los vv. 4-5 son la aplicación anticipada de las citas; estas citas se centran, en los vv. 6-8, en torno a la imagen de la piedra, y en lo v. 9 en torno a la idea de pueblo elegido de Dios.

Estas afirmaciones tienen la función de dar seguridad a los lectores, mostrando su condición privilegiada e incomparable. Están destinadas a aclarar a un colectivo cristiano en apuros que la confrontación, vivida por ellos, entre los cristianos como nueva comunidad y los increyentes es inevitable

“Acercándose al Señor, la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios”. Podemos decir también: acercaos (imperativo), no dejar de hacerlo nunca. En toda circunstancia debemos mirar al Señor. Acercándoos es un gerundio activo, presente, una situación perenne. Cuando vivimos esta perennidad, nuestra vida es diversa.

La alegoría de la “piedra” aplicada a Cristo, aparece con el atributo “viva”. Piedra fundamental, siempre necesaria. *Viva* nos está indicando que el edificio no es algo material, estático, sino dinámico.

Se trata de una toma de posición inequívoca ante el Cristo controvertido, discutido, rechazado por unos; por otros aceptado. Entre los hombres y Dios hay un contraste total en el juicio sobre Cristo. El predicador de 1 Pe invita. *“acercaos a él”*

5 *También vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo.*

Los cristianos deben ser lo que él es. Ellos también deben ser “piedras vivas”. Pero no se dice que sean “piedras desechadas por los hombres”; la explicación toma otros derroteros, no obstante el cristiano nunca debe olvidar: en el Cristo desechado por los hombres, pero al que Dios elige y valora, los lectores han tenido que reconocerse, para su consuelo, en su situación de rechazados y perseguidos

Unidos así a Cristo, la piedra angular, los cristianos entran en la construcción de un edificio, no material, sino espiritual. Este edificio es un templo vivo, sacerdotal, santo. Forman nuevo templo que no está trabado por el vínculo material de la raza, sino por el Espíritu.

El aspecto sacerdotal en su dimensión cúllica y santa lo desarrollará en el versículo 9.

Los vv.6-8 hablan de la imagen de la “Piedra”, que es Cristo.

“Pues está en la Escritura: He aquí que coloco en Sión una piedra angular, elegida, preciosa y el que crea en ella no será confundido” (v. 6); texto del profeta Isaías 28, 16.

El texto da la impresión de un mensaje alentador: Cristo es, como “piedra”, la garantía de la esperanza escatológica

El objetivo de la cita es el consuelo y el estímulo. La pertenencia a la piedra desechada es el fundamento firme de la esperanza, pese a todos los sufrimientos que haya que soportar

Para vosotros, los creyentes, es de gran precio, pero para los incrédulos es la piedra que desecharon los constructores; ésta se ha convertido en piedra angular” (v. 7).

Resulta difícil esta lectura. Ya hemos dicho que 1 Pe retuerce algunos textos, haciéndoles decir algo muy distinto de que lo que se podía esperar. En el fondo no se equivoca, aunque nos puede conducir a cierta equivocación. En una palabra: *la Piedra angular* es valorada como tal por los creyentes; pero los increyentes, aunque no la valoren, la Piedra no pierde su identidad, aunque no sea apreciada como tal. Esta afirmación del v. 7 está tomada del Sal 118, 22: “*La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido*”

Todos esperábamos que el autor de 1 Pe desarrollara el significado de este texto, como lo pide su mismo origen. Originalmente el texto hace referencia al “giro vital asombroso”, al cambio operado por Yhavé a favor de un individuo abocado a la muerte que ve salvada su vida. Se limita a decir que esta Piedra es angular siempre y para siempre

8 “*En piedra de tropiezo y roca de escándalo. = Tropiezan en ella porque no creen en la Palabra; para esto han sido destinados.*”

Esta afirmación nos recuerda a Is 8, 14: “*Será un santuario y piedra de tropiezo y peña de escándalo para entrambas Casas de Israel; lazo y trampa para los moradores de Jerusalén*”

Ellos tropiezan en esta piedra porque está “colocada” y no se puede ignorar. Los increyentes, no sólo no valoran la Piedra angular, sino que para ellos es motivo de tropiezo. Esta Piedra no puede ser indiferente.

Es una desgracia no apreciar esta Piedra, sino que además sirve de tropiezo.

A continuación el texto abandona la metáfora de la Piedra y habla de una forma directa: el rechazo de Cristo se produce y se consume en la desobediencia a la palabra.

Y al final del v. Se hace la dura afirmación de que Dios les asignó la perdición.

9 *Pero vosotros sois = linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, = para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz*

Después de hablar de los increyentes y glosar su destino en relación con Cristo, utilizando la imagen bíblica (“piedra en la que se tropieza”), el autor vuelve ahora a la imagen de la comunidad como pueblo.

El v. 9 hace una fusión de diversas fórmulas e imágenes bíblicas (tomadas de Ex, Is y Os), y se centra en la idea de que la Iglesia es el pueblo de Dios descrito en la Biblia. Se podría colocar siempre el artículo determinado en la traducción: “Pero vosotros sois el...”

La mayor parte de estas imágenes no presentan dificultades. El autor recoge de diversos contextos veterotestamentarios apelativos egregios de Israel

pertenecientes a las dos importantes categorías de la elección y la santidad: “linaje elegido”, “nación santa”, “pueblo adquirido”.

Para 1 Pe, tales afirmaciones se refieren a la comunidad cristiana y a nadie más.

También la misión de dar a conocer las “obras” de Dios mediante la predicación es, como cita bíblica, la descripción de lo que la Iglesia hace ahora.

“El pueblo que yo me he formado contará mis alabanzas.” (Is 43, 21).

Raza elegida: El primero de cuatro títulos veterotestamentarios de Israel que se aplican ahora a la comunidad cristiana.

El segundo título *sacerdocio real*. El segundo título se deriva de Ex 19, 6: “seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.” Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel.»

Designa al pueblo de Israel como nación dedicada al culto y servicio de Yahvé, su rey. Se esperaba que la conducta de estos súbditos en medio de las naciones fuera tal que los diera a conocer como cortesanos regios y servidores sacerdotales de su Dios. Este título es transferido ahora por Pedro a los cristianos, que por su bautismo han sido designados para el servicio cultural de su Dios en Cristo. Es un destino a la vez regio y sacerdotal.

En Romanos 12, 1:” *Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto Espiritual*” Pablo urge a los cristianos para que se ofrezcan como sacrificio vivo, santo y aceptable a Dios; éste ha de ser su culto espiritual. Al cristiano bautizado se le confiere el poder de vivir toda su vida como un acto de culto, y se espera de él que así lo haga, prolongando en cierto sentido el sacrificio de Cristo, pero demostrando al mismo tiempo ante el mundo que él está señalado para el servicio de Cristo. *Una nación santa.* El tercer título se deriva también de Ex 19, 6. Por el bautismo, los cristianos son segregados y dedicados a un orden de cosas sagradas. *Un pueblo para su posesión:* El cuarto título es una adaptación de Ex 19,6: “seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa.” Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel” y de Mal 3, 17: “*Serán ellos para mí, dice Yahveh Sebaot, en el día que yo preparo, propiedad Personal; y yo seré indulgente con ellos como es indulgente un padre con el hijo que le sirve*”

Los derechos de propiedad de Cristo sobre los cristianos quedan establecidos en el bautismo. Puesto que los cristianos destinatarios de esta carta proceden de diversos pueblo, razas y naciones, el lenguaje de Pedro resulta muy expresivo al usar los términos: “raza”, “nación, pueblo” para designar la nueva unidad que han alcanzado en Cristo.

Evangelio: Juan 14, 1-12

Empezamos a leer los capítulos que Juan dedica a la Última Cena de Jesús con los suyos. Hoy escuchamos unas revelaciones de Jesús sobre su relación con el Padre.

Versículos 1-4: partida y retorno de Jesús

No se turbe vuestro corazón. Creed en Dios: creed también en mí.

Comienza Jesús en el v. 1 con una alusión a la angustia que su partida causa a los discípulos. Anteriormente veíamos que el mismo Jesús se sintió *turbado* frente a la muerte, verosímelmente porque ésta pertenece al ámbito de Satanás.

Nos recuerda Jn 11, 33: “se conmovió interiormente, se turbó” ante la muerte de Lázaro; también a 13, 21: “Jesús se turbó en su interior” ante la traición de Judas, que le entregaría a la muerte

Dar muerte a Jesús será el último acto de hostilidad por parte del mundo y de Satanás, y a causa de la muerte de Jesús se establecerá una hostilidad implacable entre el mundo y los discípulos que siguen a Jesús.

Si, por consiguiente, los corazones de los discípulos se agitan ante la partida de Jesús, no se trata de mero sentimiento, sino que ello forma parte del combate dualista entre Jesús y el príncipe de este mundo. A la luz de esta situación, la exhortación que Jesús les dirige para que tengan fe en él es algo más que una petición de un voto de confianza: la fe de los discípulos vence al mundo. “

En la muerte de Jesús es expulsado el príncipe de este mundo: “*Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo.*» (Jn 12, 31)

Creed en Dios: creed también en mí. Creer en Dios: es participar de su firmeza. En los versículos finales se explaya más esta idea.

Para tranquilizar a los discípulos con respecto a su partida, Jesús les dice que en la casa de su Padre hay muchos aposentos (mone, v. 2), que marcha a prepararles un lugar (topos, vv.2-3) y que retornará para llevarlos consigo , de forma que estén donde Jesús está.

“En la casa de mi Padre hay muchas estancias, de no ser así, ya os lo había dicho; ahora me voy a preparaos ese lugar” (v. 2)

“Cuando vaya y os prepare sitio volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros” (v. 3)

No se ve que Jesús retornara para llevarse a los discípulos consigo, y si se entiende que aquí se alude a una venida al final de los tiempos (que hoy sabemos que distaba mucho de ser inminente), ¿ cómo podría servir esto de consuelo a los discípulos , que nunca habrían de ver tal cosa?. Por otra parte , esta promesa parece estar en contra de otras muchas afirmaciones pronunciadas durante la Última Cena, en el sentido de que Jesús volvería, pero no para llevar consigo a los discípulos , sino para permanecer aquí abajo con ellos.

Si suponemos que los “muchos aposentos” de la casa del Padre y el lugar que Jesús va a preparar a los discípulos son la misma cosa, ¿ qué quiere dar a entender Jesús cuando dice a los discípulos que retornará para llevarlos consigo, verosímelmente a los aposentos que les ha preparado? .

La mejor manera de entender estos versículos es suponer que se refieren a una parusía en que Jesús habría de retornar poco después de su muerte para conducir triunfalmente a sus discípulos al cielo.

Esto es lo que se creía entonces; después se ha visto que esto no es así. Debemos usar otras categorías para intentar comprender un poco lo que Jesús les quiso decir en estos 2-3 versículos.

También existe otra venida de Jesús: *La inhabitación divina en la tierra.*

Algunos comentaristas encuentran difícil de admitir la idea de que estas dos visiones diferentes de la morada celeste en compañía de Jesús y de la inhabitación divina en la tierra pudieran expresarse juntas en el capítulo 14 como promesas de consolación que recibirán los discípulos después de la partida de Jesús, sin que se intentara de algún modo reconciliarlas o armonizarlas.

Otra posible explicación:

La lectura variante de “*en la casa de mi Padre*” es “*con mi Padre*”, y éste es precisamente el sentido que tendría la frase al integrarse en el panorama teológico de Juan que domina el cap. 14.

El retorno de Jesús después de la resurrección tendría la finalidad de llevar a los discípulos a la unión consigo y con el Padre, sin insistir en que la unión tiene lugar en el cielo, ya que el cuerpo de Jesús es la casa de su Padre, y allí donde esté Jesús resucitado también estará el Padre.

Según la expresión griega del v. 3, Jesús dice literalmente: “Yo volveré para llevaros conmigo”; en la reinterpretación, estas palabras habrían perdido su significado original de una localización celeste. La moné o “apósito” se habría convertido en la mone de 14,23: “Jesús le respondió: «*Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*”: un punto de inhabitación.

Si Jesús ha de hacer posible, mediante su muerte, resurrección y ascensión, la unión de los discípulos con el Padre, tendrá que prepararles para esa unión dándoles a entender de qué modo será llevado a cabo. Así lo expresa agudamente Agustín: “*Prepara los aposentos preparando a los que han de morar en ellos.*”

El v. 4 “*Y donde yo voy, ya sabéis el camino*” por consiguiente, trata de interesar a los discípulos, por cuanto Jesús les asegura que ya conocen el camino hacia el lugar al que él mismo marcha (al Padre), porque conocen a Jesús.

Pero del mismo modo que “los judíos” de 7, 35 y 8, 22 no podían entender a dónde iba Jesús, tampoco Tomás lo comprende. En respuesta, Jesús ha de exponer ahora claramente que marcha al Padre y que al mismo tiempo representa el camino para llegar al Padre: “Le dice Jesús: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6)

Los versículos 6-11: Jesús es el camino.

Estos versículos explican sencillamente de qué modo es Jesús el camino hacia el Padre. Lo es precisamente porque también es la verdad o revelación del Padre, de forma que cuando los hombres conocen a Jesús, también conocen al Padre (v.7) y cuando le ven a él, también ven al Padre (v. 8). Jesús es el camino porque es la vida,

puesto que vive en el Padre y el Padre vive en él (vv.10-11). Jesús es el cauce por el que la vida del Padre llega a los hombres.

Trasfondo bíblico de estas afirmaciones. Existe un variado y rico trasfondo bíblico de estas afirmaciones. No podemos detenernos más en esto.

Nótese que en estos textos del AT no se habla de *un camino hacia la verdad*, sino que se trata del *camino de la verdad*.

Este camino tiene frecuentemente en el AT resonancias escatológicas, pues lleva de la muerte a la vida: “*Camino de la vida, hacia arriba, para el sabio, para que se aparte del seol, que está abajo*” (Prov 15, 24)

El Salmo 16,11 dice que el camino de la vida es revelado por Dios al hombre: “*Me enseñarás el camino de la vida, hartura de goces, delante de tu rostro, a tu derecha, delicias para siempre*”.

¿ Hasta qué punto podemos ver en estos materiales judíos un trasfondo de Jn 14,6?.

En Juan no se carga el acento sobre el aspecto moral del camino, como ocurre en el concepto veterotestamentario del “camino de la verdad”; en vez de esto, Juan ve en Jesús el camino porque es la revelación del Padre.

Jesús es el camino en un doble aspecto: primero, como mediador de salvación; segundo, como norma de vida.

En la sentencia “Yo soy el camino”, Jesús no se presenta ante todo como un guía moral ni como un jefe al que sus discípulos hayan de seguir. Esto es también cierto; pero no lo abarca todo. En 16, 13: “*Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir*”. Repito: no se trata del camino de la verdad, sino del camino que conduce a la verdad. El Paráclito guía a los discípulos por el camino de toda verdad. Jesús se presenta ahora más bien como la ruta única hacia la salvación, a la manera de 10, 9: “Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto” Ello es así porque Jesús es la verdad, la revelación única del Padre que es el término del viaje.

Nadie más que Jesús ha visto al Padre: “*A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él nos lo da a conocer*” (1, 18); Jesús nos comunica lo que vio en la presencia del Padre: “Yo hablo lo que he visto donde mi Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído donde vuestro padre.» (8, 38) Jesús convierte a los hombres en hijos de Dios, al que desde ahora pueden llamar Padre

Al decir de sí mismo que es la verdad, Jesús no da una definición ontológica conforme a unas categorías trascendentales, sino que se describe a sí mismo en términos de su misión entre los hombres.

“*Yo soy la verdad*” ha de reinterpretarse a la luz de 18, 37: “Entonces Pilato le dijo: «¿Luego tú eres Rey?» Respondió Jesús: «Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.»

La fórmula joánica va mucho más allá de decir simplemente lo que hace Jesús, pues explica lo que es Jesús en relación a los hombres.

Refleja además lo que Jesús es en sí mismo; toda la insistencia joánica en “lo verdadero” sería vana si lo que Jesús es en relación a los hombres no constituyera un indicio genuino de lo que Jesús es en sí mismo.

Si Jesús es el camino en el sentido de que es la verdad y hace posible así a los hombres el conocer su fin último, es también el camino en el sentido de que es la vida.

Una vez más se describe a Jesús en términos de su misión entre los hombres: “El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10) El destino del camino es la vida con el Padre; el Padre ha otorgado esta vida al Hijo: “Porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo” (Jn 5, 26), y por ello sólo el Hijo puede darla a los hombres que creen en él: “Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano” (10, 28).

Si Jesús es el camino porque es la verdad y la vida, la “verdad” y la “vida” no son términos simplemente coordinados, pues la vida llega a través de la verdad. Quienes creen en Jesús como revelación del Padre hecha carne (y esto es lo que significa “verdad”), reciben el don de la vida, de manera que las palabras de Jesús son la fuente de la vida: “Las palabras que os he dicho son Espíritu y vida” (6,63): “Quien oye mi mensaje y da fe al que me envió, posee vida eterna” (5, 24). El uso del artículo definido ante los tres sustantivos empleados en el v. 6 implica que Jesús es el único camino hacia el Padre.

Los vv. 7-11 no son más que un comentario a las relaciones de Jesús con el Padre, expresadas de forma lapidaria en el v. 6: “Nadie va al Padre sino por mí.”

v.7 *Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto.*», el tema es: el conocimiento de Jesús equivale al conocimiento del Padre. Hay un principio griego: conocimiento de lo semejante por lo semejante. El tema de conocer a Jesús y así conocer al Padre de Jn 14, 7 aparece también en el llamado logion joánico de los sinópticos (Mt 11, 27; Lc 10, 22) “ Al Hijo lo conoce sólo el Padre y al Padre lo conoce sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”

La aparición de este tema en el discurso final refleja el ambiente saturado de la idea de alianza en que se desarrolla la Última Cena.

El verbo “conocer”, en el sentido de “reconocer”, pertenecía al lenguaje de las alianzas en el Próximo Oriente. Se usa en la Biblia aplicado al reconocimiento de Yahvé por Israel como único Dios y soberano: “Les daré corazón para conocerme, pues yo soy Yahveh, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí con todo su corazón” (Jeremías 24,7) hace del conocimiento o reconocimiento de Yahvé una parte de la nueva alianza.

El Jesús joánico, como autor de la nueva alianza con los discípulos, insiste en que ellos le han de conocer incluso como Israel conoció a Yahvé. Pues “ya desde ahora” los cristianos habrán de reconocer a Jesús como “Señor mío y Dios mío” (20, 28).

Una vez más los discípulos sufren un malentendido. Jesús habla de conocer y ver al Padre, pero ellos nunca han visto al Padre. (v. 8)

Resulta difícil explicar qué es lo que pretende ver Felipe, cuando dice: “*Señor, muéstranos al Padre*” Es posible que, en la situación histórica prepascual, hayamos de pensar que Felipe se refiere a las grandes teofanías a Moisés y Elías en el Sinaí: “Entonces dijo Moisés: «Déjame ver, por favor, tu gloria.» (Exodo 33, 18) ¿No pensará acaso también en las visiones de la corte celestial que contemplaron los profetas?

En cualquier caso, la pregunta da oportunidad a Jesús para explicar claramente que tales teofanías y visiones son inútiles ahora que la Palabra, que es Dios, se ha hecho carne. Al ver a Jesús se ve a Dios. Se trata aquí de una elevada cristología, si bien, cuando Juan insiste en la unidad de Jesús y el Padre, ello se refiere primariamente a la misión del Hijo entre los hombres, y sólo secundariamente tiene connotaciones metafísicas acerca de la vida dentro de la divinidad.

Es necesario tener presente que la equivalencia entre el Padre y el Hijo se expresa en gran parte con un lenguaje procedente de la concepción judía de que el enviado es absoluto representante de quien le envía.

Jesús es una agente que es también el Hijo de Dios, por lo que Juan profundiza la relación legal del agente y del que le envía hasta convertirla en una relación de semejanza en cuanto a la naturaleza.

Los dos últimos versos del v. 10: “*Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras.*”, unen palabras y obras como testimonio de la unión de Jesús con el Padre. En 8, 28: “*Les dijo, pues, Jesús: «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo.*” Y en 12, 49-50: “*porque yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna. Por eso, lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí.*»

En consecuencia, y precisamente porque ni sus palabras ni sus obras son suyas, esas palabras y esas obras están diciendo a los hombres que Jesús mantiene una relación íntima con el Padre.

El v. 11 repite el v. 10 con una llamada más directa a creer. Los dos motivos para esa fe (“Creedme”; “Al menos creedme por las obras mismas”) no son completamente distintos, ya que en ningún de los dos casos se recurre a las obras milagrosas simplemente como credenciales extrínsecas de la misión de Jesús. La fe auténtica en las obras implica la capacidad de entender su significado como signos, la capacidad de ver a través de ellas, lo que están revelando, es decir, que son a la vez la obra del Padre y del Hijo, que son uno mismo, y que, por tanto, el Padre está con Jesús y Jesús está con el Padre.

El v. 12” *En verdad, en verdad os digo: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre*” sirve de transición entre el tema de la fe (vv. 10-11) y el tema de la ayuda que se recibe de Dios (vv. 13-14).

La fe en Jesús dará al cristiano el poder de realizar, porque Dios se lo otorgará, las mismas obras que realiza Jesús, ya que, al unir al hombre con Jesús y con el Padre, la fe le concede participar en el poder que ellos poseen

La promesa adicional de que el creyente “*hará obras aún mayores*” se explica en la situación diferente que seguirá a la resurrección.

La idea de que los discípulos recibirán el poder de realizar obras milagrosas aparece en numerosos textos del NT. El v. 12, con su afirmación rotunda de que el creyente realizará obras aún mayores que las de Jesús, se parece a Mt 21, 21: “Jesús les respondió: «Yo os aseguro: si tenéis fe y no vaciláis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que si aun decís a este monte: "Quítate y arrójate al mar", así se hará.”.

No quiero terminar la homilía sin referirme de una forma explícita a la Oración después de la comunión. “*Ven, Señor, en ayuda de tu pueblo, y, ya que nos has iniciado en los misterios de tu Reino, haz que abandonemos nuestra antigua vida de pecado y vivamos, ya desde ahora, la novedad de la vida eterna*”

